

De ruta por Castilla la Mancha. Conociendo el Campo de Calatrava

Durante décadas uno de los pilares básicos de la Investigación Antropológica ha sido la necesidad de encontrar la diversidad viajando a sociedades exóticas, con el fin de alcanzar el mítico encuentro con ese “*otro*” culturalmente diferente y socialmente fascinante. La alteridad digna de estudio se hallaba geográficamente situada en el otro polo del mundo, mientras que la riqueza cultural cercana al investigador dormía en el olvido. Sin embargo, en la década de los 70 algunos antropólogos defendieron el trabajo de campo “*at home*” y pusieron en tela de juicio la visión idílica de aquellos paraísos culturales diferenciados y radicalmente distintos, justificando la importancia de someter a observación el entorno más cercano al investigador. Cuando terminé mis estudios de Antropología, la falta de disponibilidad de tiempo y de recursos hizo que me inclinara a considerar esta modalidad de trabajo en casa, comenzando mi camino en el ámbito del desarrollo rural, apasionadamente defendido por unos, y ampliamente criticado por otros. Entre todos los desconocidos universos de Castilla la Mancha, fui a parar al Campo de Calatrava, al que llegué como turista y en el que decidí quedarme cuando apenas experimenté una muestra de su incomparable patrimonio natural, histórico y cultural. Por este feliz encuentro, he decidido dejar constancia en estas líneas, no sólo de lo que he podido observar como antropóloga, sino de la forma en la que los vecinos del Campo de Calatrava me han enseñado a comprender este territorio.

La Comarca del Campo de Calatrava se encuentra en el centro de Ciudad Real, y su cabecera es el Municipio de Almagro. Es una zona geográfica definida históricamente por el asentamiento de la Orden religioso-militar de Calatrava, de la que hereda su nombre. Lo primero que a uno le sorprende de este campo es su singular orografía. Los fenómenos de volcanismo que durante miles de años actuaron en esta tierra, y de los que todavía hoy quedan vestigios dormidos, como el Volcán Columba, han dado lugar a una serie de contrastes paisajísticos y lagunas saladas que constituyen uno de los principales encantos de estos parajes. Esta misma actividad volcánica ha hecho posible la existencia de numerosos manantiales de aguas gaseosas con propiedades minerales, conocidas como fuentes de *agua agria*, de las que los vecinos se enorgullecen y cuentan historias como esta:

“Dicen que la Princesa de Éboli acudía con su hija que tenía problemas respiratorios a esta fuente y se encontraba en el pueblo con Felipe II. En uno de los viajes al pueblo, la hija falleció en el camino.”(Un vecino de Aldea del Rey, hablando de la Fuente del Diezgo)

La atribución de efectos curativos y propiedades medicinales a estos manantiales, hizo que durante el siglo XIX proliferaran centros donde los habitantes de otras ciudades se desplazaban para recibir las curas balnearias, como es el caso de los famosos Baños de la Fuensanta, construidos por el Infante Don Carlos María Isidro de Borbón. También existe constancia de otros baños, fuentes y pozas de uso público, de los que en la actualidad los vecinos de estos pueblos siguen haciendo uso.



Poza de baño público (Pozuelo de Calatrava)

La orografía volcánica ha posibilitado una arquitectura defensiva muy ligada al pasado militar de este territorio, siendo durante siglos escenario de numerosas batallas, y sobre todo, tierra de frontera donde el Abad Raimundo de Fitero llevó a cabo la fundación de la Orden de Calatrava en el siglo XII. Fruto de esta intensa actividad bélica, el visitante puede contemplar castillos monumentales, como el de Calatrava la Nueva, y adentrarse en el silencio de sus solitarias ermitas, donde todavía se mantiene muy arraigada entre la población la devoción mariana que los monjes calatravos inculcaron a sus antiguos moradores. Numerosas colecciones de exvotos y objetos decorativos, custodiados entre los muros sólidos de estos santuarios se convierten en narradores mágicos de ese momento en el que los hechos de la vida cotidiana se unen a los pensamientos más trascendentales, de generación en generación.



Exvotos en el Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza de los Santos (Pozuelo de Calatrava)

No todo en el Campo de Calatrava es monumental y sacro, también hay un importante espacio destinado a la arquitectura popular, siempre condicionada por la necesidad de adaptarse a las inclemencias del clima y a la escasez del agua. Casas, patios, norias, bombos y quinterías, conviven en perfecta armonía con plazas y corrales de comedia. El trabajo y el ocio se dan la mano en los referentes materiales de este

campo, del mismo modo que en el calendario se suceden largas jornadas de trabajo salpicadas de celebraciones sacras y profanas, que proporcionan el merecido descanso y mantienen unida a su población. Tanto disfrutan los vecinos calatravos participando en el Carnaval con su máscara callejera, como en la Semana Santa vestidos de *Armaos*. Además de los diseños de sus encajes de bolillo y de la receta de sus berenjenas, este campo acoge otros saberes y otras artes, siendo cuna de ilustres personajes como José María de la Fuente (*“El Cura de los Bichos”*), Inocente Hervás y Buendía, el cinematógrafo Pedro Almodóvar o el creador del pegamento Imedio, Gregorio Imedio.



Francisco García Otero en su taller de Armaduras (Almagro)



Noria en el campo (Granátula de Calatrava)

Pero la otra cara del Campo de Calatrava, la más difícil de soportar, nos habla de una historia de abandono y olvido. Para los vecinos la cuestión fundamental es que son una población rural, en contraposición a los modos de vida de las ciudades. Este sentimiento se acompaña siempre de la manifestación de críticas por el abandono institucional de los pueblos que se ha venido produciendo desde el éxodo rural. Según datos de la Comisión Europea, el 56% de la población europea vive en áreas rurales y estas representan el 91% de su territorio. Estas zonas rurales se enfrentan a importantes desigualdades con respecto a las zonas urbanas, lo que conlleva empobrecimiento, un menor acceso a servicios públicos y como consecuencia, la pérdida y el envejecimiento de la población. La historia del Campo de Calatrava es ante todo una historia de esfuerzo y de resistencia ante las dificultades que encuentran sus vecinos para mantener ocupado este territorio, en contraposición a las ventajas que ofrece la vida en ámbitos urbanos. Como reflexión al final de este viaje, y a modo de recomendación si se pretende disfrutar de los encantos calatravos, me gustaría invitar al lector a romper con los estereotipos que se puedan transportar de *“lo rural”* como algo atrasado o inadecuado a los tiempos actuales, y no desestimar sus valores, basados en el ahorro y el aprovechamiento de los recursos locales, como fuente de inspiración para conseguir la supervivencia y evitar el abandono.